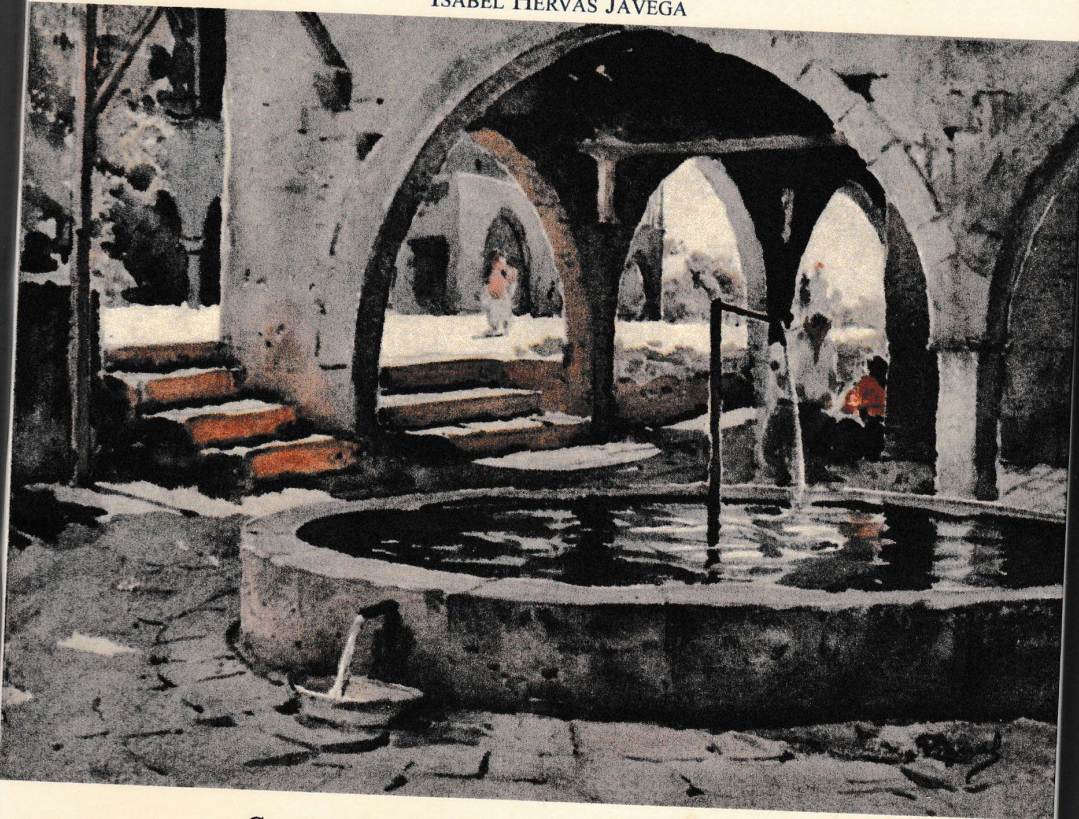


NARRATIVA SIRIA CONTEMPORÁNEA

Relatos
de

SÁMAR YÁSBEK, HÁTEM ALI, MAYYA ARRABHI, ÁHMAD OMAR, MAHMUD ABDELWÁHED,
HASAN YÚSEF, SAHBÁN SAWWAH, YAMIL HÁTMAL, YAMAL SAÍD, COLETTE NAÍM BAHNA,
ÁHMAD ISKÁNDAR SULEIMÁN, ALI ABDALÁ SAÍD, IBRAHIM SAMUEL,
WÁEL SAWWAH, BASSAM KUSA, NÁZEM MUHANNA y NAJM ADDÍN ASSAMÁN

EDICIÓN DE
INGRID BEJARANO ESCANILLA
&
ISABEL HERVÁS JÁVEGA



CURSO DE TRADUCTOLOGÍA Y TRADUCCIÓN LITERARIA
DEL ÁRABE AL ESPAÑOL
SEVILLA

NARRATIVA SIRIA CONTEMPORÁNEA

Relatos

de

SÁMAR YÁSBEK, HÁTEM ALI, MAYYA ARRAHBI, ÁHMAD OMAR,
MAHMUD ABDELWÁHED, HASAN YÚSEF, SAHBÁN SAWWAH,
YAMIL HÁTMAL, YAMAL SAÍD, COLETTE NAÍM BAHNA,
ÁHMAD ISKÁNDAR SULEIMÁN, ALI ABDALÁ SAÍD,
IBRAHIM SAMUEL, WÁEL SAWWAH,
BASSAM KUSA, NÁZEM MUHANNA y
NAJM ADDÍN ASSAMÁN

Edición

de

INGRID BEJARANO ESCANILLA

&

ISABEL HERVÁS JÁVEGA

CURSO DE TRADUCTOLOGÍA Y TRADUCCIÓN LITERARIA
DEL ÁRABE AL ESPAÑOL

Padilla Libros Editores & Libreros
Sevilla

NARRATIVA SIRIA CONTEMPORÁNEA

Relatos

de

ŠAMAR YASBEK, HATEM ALI, MAYYA ARAHIBI, AHMED OMAR,
MAHMOUD AL-DIBWANEH, HASAN YÜREK, ZAHIRAN SAWWAN,
YAMIL HATMAL, YAKAR ZAID, COLLETTE NAIM BAKNA,
AHMED-REZKANER BELIMAN, ALI ABDALLA ZAID,
IMRANUDDIN SAHUT, WAEL SAWWAN,
HASSAN KUNA, NADIM MURHANAY
NAM ALDIN ARAMIAN

Edición

de

INGRID BEJARANO ESCANILLA

Edición financiada por el Grupo de Investigación "El saber en al-Andalus".
Junta de Andalucía.

© Ingrid Bejarano Escanilla & Isabel Hervás Jávega

D.LEGAL SE-4.832-03

ISBN 84-8434-259-X

PADILLA LIBROS EDITORES & LIBREROS

C/Feria nº 4 -local uno-

41003 SEVILLA (ESPAÑA)

ÍNDICE

PRÓLOGO	3
AMIGAS <i>Por SÁMAR YÁSBEK</i> Trad.: Natalia Macías Román	7
LA ALAMBRADA <i>Por HÁTEM ALI</i> Trad.: Mouna Ibrahim Sánchez	13
UN DÍA EN LA VIDA DE UNA PROFESORA UNIVERSITARIA <i>Por MAYYA ARRAHBI</i> Trad.: Rosa Salgado Suárez	25
JAPONESES Y TURCOS O EL PROYECTO DEL CAMBIO CLIMÁTICO <i>Por ÁHMAD OMAR</i> Trad.: Juan Carrillo Baena	31
MI HERMANA <i>Por MAHMUD ABDELWÁHED</i> Trad.: Rosa Salgado Suárez	49
EL CABO GADBÁN <i>Por HASAN YÚSEF</i> Trad.: Eva Sáenz de Jubera Martínez	55
TRES HOMBRES Y UNA MUJER <i>Por SAHBÁN SAWWAH</i> Trad.: Marta Romero	65
LA LENGUA DE LA TÍA NEVADAS <i>Por YAMIL HÁTMAL</i> Trad.: Natalia Macías Román	75
AQUELLA NOCHE <i>Por YAMAL SAÍD</i> Trad.: José Francisco Durán Velasco	81

LAS PUERTAS DE LOS SERVICIOS <i>Por</i> COLETTE NAJM BAHNA Trad.: Rocio Velasco Castro	91
EL CAMINO HACIA NUN <i>Por</i> AHMAD ISKÁNDAR SULEIMÁN Trad.: Inmaculada Gallego Navarro	99
UN PLATO EN EL POZO <i>Por</i> YAMIL HÁYMAL Trad.: Natalia Macías Román	111
TÉ SILVESTRE <i>Por</i> ALI ABDALÁ SAÍD Trad.: Juan Carrillo Baena	117
UN LARGO INVIERNO <i>Por</i> IBRAHIM SAMUEL Trad.: M ^a Dolores Jiménez	139
EL OSITO DE PELUCHE <i>Por</i> WAEL SAWWAJ Trad.: Lucía Molina Martínez	147
UNA VELADA DISTINGUIDA <i>Por</i> BASSAM KUSA Trad.: Carmen Jiménez	165
EL ENTIERRO DEL ARQUEÓLOGO <i>Por</i> NÁZEM MUHANNA Trad.: José Francisco Durán Velasco	173
MI ABUELA NAFFUS <i>Por</i> NAJM ADDÍN ASSAMÁN Trad.: Tania Alonso Roselló	181

**UN DÍA EN LA VIDA DE
UNA PROFESORA UNIVERSITARIA**

MAYYA ARRAHBI

Trad.:
Rosa Salgado Suárez

PERO sobre este punto Freud sostenía que... Las palabras se le estiraban y dilataban entre los labios con parsimonia y afectación.

«¡Si será imbécil...! ¿Es que se le ha olvidado que el mismo Freud ya se desdijo de esa afirmación al final de sus días? Ahí es donde te voy a pillar... ¡Ja! Vaya, éste embaucador se ha creído que se me va a enfrentar impunemente...» Entonces la profesora miró a su discípulo, ese al que en aquel momento estaban echándole por tierra el esfuerzo de días y noches enteras; sufría de dolor al verlo recibir el feroz ataque de aquel curtido profesor, así que le lanzó una mirada tranquilizadora con la que le decía “no te asustes”. Es verdad que era la batalla del joven alumno, pero a partir de aquel instante la guerra le incumbía también a ella, porque nunca había perdido una contienda: a elocuente y persuasiva nadie la ganaba, así que no estaba dispuesta a permitir que aquel charlatán se merendase al alumno al que ella había dirigido la tesis, que se lo zampara de un simple bocado para que se le inflaran el engreimiento y la verborrea, eso ¡jamás!, no, no lo iba a perder de vista, así que ya estaba en el punto de mira de su armamento cerebral.

Cuando le llegó el momento hizo acopio de sus facultades mentales y respondió a aquel ataque científico cargado de alusiones mordaces, de pretensiones eruditas y de acusaciones de ignorancia a los colegas. Pero nada de eso la había hecho amilanarse, porque tenía sobrado nivel cultural, rigor intelectual, una tremenda capacidad especulativa, y por añadidura, fluidez de palabra, todo lo cual la dotaba de una aplastante personalidad con la que conseguía imponerse a los demás en cualquier situación.

Con esas armas pudo acosarlo y hostigarlo sin perder ni un ápice de su compostura. Sostuvieron una dilatada polémica que

causó el silencio del doctorando y la mirada expectante de todos los que estaban en la sala. En cualquier caso, ella confiaba en su victoria, y en realidad el asunto no se alargó mucho más, pues el diestro caballero se retiró envainando su mordaz espada, dejándole el campo de batalla plenamente libre para que se moviera por él como mejor le viniera en gana. La profesora aprovechó entonces para defender a su alumno ante el tribunal, y cuando finalmente lo vio abandonar el aula con el título de Doctor bajo el brazo, se sintió muy feliz; ella misma salió acompañada de un grupo de colegas en medio de una lluvia de elogios que no paraban de llegarle de todas partes. En cualquier caso no les estaba prestando atención alguna hasta que uno la hizo detenerse en seco:

—Eres muy valiente. Parece que no te asusta nada...

La mujer no contestó pero, satisfecha, sonrió para sus adentros. Luego se dirigió a la sala de profesores y, en espera del comienzo de una reunión, se sumergió en la lectura de unos artículos de investigación que acababan de publicarse. Uno de sus compañeros contó un chiste y todos se rieron excepto ella, que siguió leyendo hasta que alguien la interrumpió:

—¿Es que tú no te ríes nunca?

—¿Cómo dices?

—Sí, bueno, te he preguntado si no te ríes nunca...

Levantó los ojos por encima de las gafas y lo miró inexpresiva:

—Sí, cuando lo considero oportuno.

Y se sumergió de nuevo en la lectura... Y es que los andares parsimoniosos que tenía, el severo rostro que siempre exhibía, la indumentaria clásica que lucía, todo eso le daba un respetable aire de solemnidad que provocaba la admiración y el azoramiento de la gente que la rodeaba.

Al terminar las clases se fue a su casa y cerró con llave tras de sí. Se quitó los zapatos y anduvo descalza echándole un vistazo a todos los rincones de su vivienda. Luego comprobó que la cerradura de la puerta funcionaba bien; desde que fallecieron sus padres vivía sola, y aunque se había acostumbrado al silencio de la casa, todavía no lo estaba a la soledad. Fue a la cocina y buscó

en el frigorífico algo para comer pero no encontró nada, de manera que se puso a preparar una cosa rápida y se sentó a almorzar sin apetito, masticando la comida muy de prisa para terminar cuanto antes con esa odiosa obligación. No paraba de incordiarla una mosca que le zumbaba en el oído y que de vez en cuando se posaba en el plato. Finalmente la apartó de un manotazo y se puso en pie para ir al salón dejando la cocina tal y como estaba, mientras pensaba: «Ea, que se harte de comer la dichosa mosca».

Se echó en el sofá vestida, puso las piernas en alto y encendió un cigarrillo para matar el aburrimiento mientras contemplaba cómo ascendía el hilillo de humo. Hábilmente empezó a hacer anillos con la boca, porque sentía tanto placer al hacerlos como en el hecho de fumar. Nunca se permitía a sí misma encender un pitillo en la Universidad. Se preguntó por qué, y aunque no lo sabía a ciencia cierta, quizás la razón fuera que consideraba que el aspecto de una mujer fumadora no inspiraba la suficiente seriedad; por eso se había acostumbrado a hacerlo en casa, y únicamente si estaba sola. Entonces miró hacia la montaña de libros y papeles caóticamente esparcidos sobre su mesa de trabajo... «Bueno, mañana viene la mujer de la limpieza, ya pondrá ella cada cosa en su sitio».

Se quedó dormida en el sofá durante unos minutos, y cuando se despertó, fue a ponerse la ropa de estar por casa y a prepararse una taza de café. A continuación puso una cinta de música clásica, pero aquella melodía no hacía sino incrementar paulatinamente el tedio en el vacío de la casa. La quitó y puso la radio —música de baile—, se colocó delante de un espejo y comenzó a ondular el cuerpo de tal manera que parecía desmentir la solemnidad de la que había hecho gala aquella misma mañana. A medida que la música se aceleraba más y más, se iba sacudiendo, empapada en sudor y jadeante, de los complejos y resentimientos. Cuando la música se acabó, se echó sobre la cama desternillándose de risa... Ojalá su colega pudiese verla bailando y riéndose, creería que estaba teniendo alucinaciones...

Luego se miró en el espejo: vio reflejado un rostro tradicional y conservador al que los años habían conferido una máscara

de rigidez, un embozo erigido en obstáculo para cualquier sentimiento que se aventurase a emerger al exterior desde lo más íntimo de sí. Alargó la mano hacia el cajón y sacó varios artículos de cosmética. Cogió el lápiz de ojos y trazó con mano inexperta una línea sobre los párpados, luego se dio colorete y se pintó los labios de rojo. Entonces se miró en el espejo: allí reflejado la contemplaba un rostro desconocido que fijamente la miraba con expresión idiota. No pudo menos que echarse a reír.

Después cogió una revista del corazón que se había atrevido a comprar en un anónimo quiosco y que había escondido, como si fuera una ladrona, entre los papeles de la facultad. Primero la estuvo ojeando y después leyó todas y cada una de las noticias referidas a los famosos, especialmente las que hablaban de las cantantes y las actrices. Luego se entretuvo un rato haciendo crucigramas: «sinónimo de *serio...*, *estúpido*, por supuesto», se respondió a sí misma.

Más tarde volvió a su despacho e intentó ordenarlo sin resultado. Entonces comenzó a preparar las clases del día siguiente, para lo que tuvo que consultar abundante bibliografía. Después de terminar casi a medianoche, puso la televisión y la sorprendió la terrible escena de una película de terror que la hizo estremecerse de miedo. Apagó el televisor apresuradamente y se fue corriendo a la cama. Allí se dio cuenta de que la luz de la cocina se había quedado encendida, y, aunque vaciló un momento, fue a apagarla. En el balcón de la oscura cocina le pareció que había unos espectros danzantes que querían saltar dentro de la casa. Muerta de miedo regresó volando a la cama y se metió en ella tapándose hasta arriba, se hizo un ovillo y escondió la cabeza bajo la manta encogiéndose todavía más. Finalmente se tranquilizó y se durmió.